

LUIS E. NIETO ARTETA

Hombre y Cultura en Latinoamérica

La vida tiene peculiares modos de ser. Posee un determinado contenido óntico. Aquellos modos son invariables. Encierran un contenido inhistórico. Pero la vida es una unidad y división de lo histórico y lo inhistórico, de la inmanencia y la trascendencia. Es la modificabilidad dentro de la invariabilidad. Por eso, la filosofía de la vida es una dialéctica de la vida. Superando esa unidad y división, trasladándola a un plano distinto o asignándole un sentido diverso, los modos de ser de la vida son inmodificables. Hay que rescatar, sin eliminar las contradicciones irreductibles que encierra la vida, el contenido invariable de la misma.

La vida se desarrolla en la historia. El hombre es un ente histórico. Dentro de esa modificabilidad hay unos acentos determinados, una mayor presencia, en ciertos momentos, también históricos, de algunas de las dimensiones que distinguen a la vida. Son hechos que no eliminan la superior unidad y división de contrarios que es la vida. Esa historicidad de la vida permite describir y comprender los diversos tipos de hombre que han existido en la historia, las varias vidas que se han realizado. En esa esfera tiene una misión muy amplia la filosofía de la cultura y de la vida. Es una tarea que ella ha empezado a cumplir con acierto y objetividad. En la América Latina el campo

está inexplorado aún (1). El hombre de la época de la "Expedición Botánica" y el colombiano contemporáneo no son idénticos. El mexicano de la época de la Reforma y el mexicano que actualmente vive situaciones que no tenían anteriormente vigencia histórica, son, vitalmente considerados, distintos. La existencia del brasileño que contempló la proclamación de la República en 1889 y la del brasileño contemporáneo, inserto en realidades diversas, no tienen el mismo contenido.

Son fácilmente explicables las condiciones de esa variabilidad de la vida. La existencia del hombre tiene unos supuestos determinados. El hombre está en posición de contacto social con el medio que lo rodea. ¿Por qué es un contacto social? Porque se realiza al través de las relaciones que unen a los hombres y mediante la utilización de la técnica. Esta condiciona la posibilidad de que aquéllas relaciones se realicen. Además, la técnica permite una transformación mayor o menor del inerte mundo físico que circunscribe al hombre. El contorno material de la vida es un contorno variable. La técnica supone ya esa modificabilidad. La amplia o limitada transformación de aquel mundo es un sufrir menos o más intensamente el medio inerte o indiferente. Si la técnica es deficiente las cosas están más presentes al hombre, ejercen sobre él una tiranía. Las circunstancias físicas de la vida, para decirlo orteguianamente, dominan al hombre. La técnica es esencialmente histórica. No ha sido invariable. En tal virtud, la posición de contacto social del hombre con el medio que lo rodea ha sido siempre modificable. Así la vida se va transformando dentro de su explicada invariabilidad. Ni el contenido de las relaciones entre los hombres ha sido idéntico en todas las épocas, ni la técnica ha sido inmodificable. Esas dos condiciones históricas transforman a la vida. En cada momento la vida presenta acentos, matices, características que anteriormente no se habrían podido descubrir en ella.

Los supuestos de la vida en Latinoamérica, por lo menos en la época que precede a la actual, eran, en cuanto a las circunstancias económicas, la anarquía y la contingencia. Hay cultivos que se suceden unos a otros. La anarquía es la carencia de estabilidad. El hombre no tiene asidero, aun cuando lo busque afanosa y desesperadamente. En el siglo pasado ese es el hecho fundamental en las economías nacionales

(1) Ha varios años he estado trabajando en una obra sobre el hombre colombiano del siglo XIX. Son muchas las "fuentes históricas" que he tenido que utilizar: cartas privadas, autobiografías, sermones, discursos políticos, conferencias y cursos universitarios, costumbres, fiestas populares, modas, los periódicos de la época, poesías, diarios íntimos, etc.

de Latinoamérica. En Colombia la quina sigue al tabaco y luego es substituída, al fin establemente, por el café. En el Brasil el azúcar es eliminado por el caucho y éste por el café. Idénticas observaciones podrían hacerse respecto a la historia económica de otras naciones del continente.

En todas ellas la técnica es deficiente o no se conoce en toda su contemporánea grandiosa amplitud. Así, el hombre latinoamericano sufre el espacio porque no lo puede dominar con la técnica. Hay enormes distancias y transportes inadecuados. Este anda perdido en medio de las tiránicas cosas. Es, como observa Eduardo Caballero Calderón, un hombre espacial, mientras el europeo es un hombre histórico.

Tales son, brevemente descritas, las condiciones de la vida latinoamericana. Esta tendrá forzosamente un contenido adecuado a esas condiciones —la vida es variable—. El hombre latinoamericano es subjetivo, predominantemente subjetivo. La subjetividad es su acento primordial. Es un vivir en lo concreto y en el hecho, no en la esencia. La objetividad es la esencia, el logos —Grecia y la Alemania intemporal.— La vida es una unidad y división de la objetividad y la subjetividad. Pero dentro de esa unidad y división hay matices de objetividad o de subjetividad que no la destruyen. El vivir en el hecho y en lo concreto es la existencia anárquica. Los hechos son la mayor variabilidad, el hecho es, de suyo, lo indefinidamente distinto y fugaz. La fugacidad. El hombre latinoamericano no ha conocido la calma, no ha tenido sosiego, no ha o no había encontrado asidero. Es un hombre desalado. Viviendo en el hecho y en lo concreto no ha disfrutado de tradición. Ha carecido de ella. La tradición no es lo inmodificable o lo intemporal, lo estable o lo permanente. La tradición tiene un contenido y una función diversos. Es un conservar, superándose e integrándose. La tradición, insertándose en el pasado, no está vinculada inescindiblemente a él porque para ella el presente y el futuro no pueden ser una fiel reproducción del pasado. La tradición ha de justificar los cambios, las transformaciones —Inglaterra—. En Latinoamérica no ha habido tradición porque el hombre latinoamericano, al padecer el hecho, al sufrir lo concreto, ha sido incompatible con la tradición. Hé ahí el error de los partidos políticos que se dicen tradicionalistas en este continente. Defienden algo que no existe, que nunca ha existido, que sólo ahora y con frágil levedad va adquiriendo consistencia.

La subjetividad es la impresionabilidad. El hombre latinoamericano es impresionable. No tiene sentido crítico. Acepta, y acepta súbitamente, cualquier realidad cultural ya creada que se le ofrezca. En nuestra América la “novedad” es lo que impera en la esfera de la

cultura. Lo nuevo se acepta inmediatamente. Hay movimientos intelectuales que se forman y desarrollan rápidamente y que en idéntica forma se extinguen. En el hombre latinoamericano la impresionabilidad es la carencia de toda capacidad creadora. Sólo había tenido capacidad para la imitación. No aprehende la realidad. No se coloca virilmente frente a ella para explicarla o comprenderla. Es un mirar la realidad al través de lo ya creado, al través de las concepciones del mundo y de la vida que llegan o llegaban a Latinoamérica enviadas por Europa. La impresionabilidad es lo opuesto al sentirse extraño ante la realidad. Ese sentimiento de extrañeza ha sido muy ajeno al hombre latinoamericano. La curiosidad y el asombro, supuestos psicológicos de la creación cultural o del meditar filosófico, no se han dado en él. El hombre latinoamericano es un hombre impresionable pero no un hombre sorprendido, extrañado o asombrado. La impresionabilidad es el aprehender solamente el hecho, desconociendo la esencia, la intemporal esencia. Nuevamente encontramos que el hombre latinoamericano vive en el hecho. Porque vive en el hecho el hombre latinoamericano puede aprehenderlo, describirlo. No goza de una auténtica intimidad. Es, para emplear otro vocablo orteguiano, pura alteración. El hombre latinoamericano no puede o no podía concentrarse. Es un niño grande o un salvaje. Disfruta de una falsa intimidad. Es la intimidad que se ubica en la sensibilidad. No llega a lo espiritual. Es compatible con la alteración y con la impresionabilidad. Es una intimidad que coincide con esa desesperante presencia tiránica del hecho que es la vida latinoamericana.

Nos explicamos la manera cómo se trabaja o se trabajaba en la esfera de la cultura en Latinoamérica. Ni método, ni orden. La improvisación. La contingencia. Confiar todo a la intuición, a los "golpes de genio". Se hace la burla del intelectual que trabaja y labora sistemática y rigurosamente. Hay una total desorganización de la vida cultural. Con grandes dificultades subsisten las academias y los institutos. Hay algunas excepciones.

La subjetividad es la discontinuidad en el desarrollo cultural de Latinoamérica. No es una evolución orgánica. Es desordenada y anárquica como la vida misma del hombre que la sufre. En nuestra América surgen y surgen súbitamente hombres que, excepcionalmente, han tenido capacidad creadora. Son hombres que no han sido históricamente producidos por movimientos culturales anteriores a ellos. Dejan una rica y valiosa obra que luego no es continuada ni ampliada —Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y Rafael Núñez, en Colombia, Justo Sierra en México, etc.— La explicación es obvia: la cultura no res-

ponde a un proceso continuo y estable. Un hecho muy significativo: en la órbita de la filosofía no ha habido en Latinoamérica escuelas —unas excepciones: positivismo en el Brasil, México y la Argentina—. El hombre latinoamericano hace obra individual, no colectiva. En Colombia no se ha continuado, contemporáneamente, la obra de los eminentes sociólogos del siglo pasado: Miguel y José María Samper, Salvador Camacho Roldán... Pero si el hombre latinoamericano no tiene conciencia histórica. Otro hecho que tiene un muy hondo sentido: se repiten frases y afirmaciones de los pocos hombres de capacidad creadora, pero no se busca la superación de las posiciones que ellos hubieran asumido ante las situaciones vitales que vivieron. No se piensa históricamente. Se destruye la auténtica tradición. Acaso en Colombia alguien se ha preguntado qué actitud habría adoptado Rafael Núñez, el creador del actual Estado Colombiano, ante la tendencia llamada “descentralista” de las regiones del occidente colombiano, burgués y capitalista? Se cree en un Núñez inhistórico, no superable. Es vivir en el hecho, en el hecho que se llamó Rafael Núñez.

Confundiendo en la intuición y en los “golpes de genio”, según ya se advirtió, en Latinoamérica se estima o se estimaba que es necesario crear de la nada. Como no se tiene una conciencia histórica, se exige lo imposible: retroceder a los primeros momentos de la vida cultural humana, cuando una fresca y virginal inteligencia descubría alegremente los iniciales e inmediatos contenidos elementales de la realidad. Es la significación que se le asigna a lo “autóctono”. Que el intelectual abandone el mundo cultural en que contemporáneamente, por fin, ha empezado a vivir y llegue a una primitiva pureza cultural!

En el hombre latinoamericano predomina la sensibilidad. La subjetividad, tal como lo ha vivido ese hombre, lo conduce a la sensibilidad y a la impresionabilidad. Lo concreto, lo cotidiano, el hecho, se aprehenden en la sensibilidad. La impresionabilidad, la subjetividad y la sensibilidad son así las características fundamentales de los latinoamericanos, hombres y mujeres. Algo se dijo ya en torno a la peculiar intimidad, la inauténtica intimidad que se realiza en el latinoamericano. Se expresa en ese muy especial contenido que tiene la poesía lírica en Latinoamérica. Es una primacía de lo pasional. Hombres y mujeres —Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, Laura Victoria, etc.— se entregan a describir un amor sensiblero y vulgar. El mundo gira en torno a la mujer, si el poeta es un hombre, o en torno al hombre si el poeta es una mujer. Es una poesía lírica sin ninguna profundidad —unas excepciones: “Lo fatal”, poema de Darío y tal vez “Viaje de

la luz” de Joaquín González Camargo—. Es imposible que una poesía lírica que tenga ese contenido sea profunda. Aún aquellos poemas en los cuales se ha expresado con fortuna un hondo lirismo, están dominados por la sensibilidad, es decir, por la presencia de la mujer —los dos “Nocturnos” de José Asunción Silva—. Contemporáneamente, en Colombia como en algunas otras naciones de América, ha habido nobles y auténticas creaciones líricas —“La ciudad sumergida” de Jorge Rojas, algunos poemas de Vargas Osorio, etc.—

Tiene la poesía latinoamericana un contenido muy peculiar: la musicalidad —“La marcha triunfal” de Darío, poemas de Amado Nervo y otros poetas—. La musicalidad es la externa armonía de las palabras, el ritmo exterior de los versos, la ordenación formal de los vocablos. Es decir, la musicalidad es lo sensorialmente perceptible, lo subjetiva y sensiblemente aprehensible. Pero el hombre latinoamericano es justamente la sensibilidad, la impresionabilidad, la subjetividad. Su poesía inexorablemente ha tenido que ser musical, externamente musical. Hay una música más honda, si así pudiera expresarme. Ya algunos filósofos griegos la habían escuchado. Es tan vigorosa esa tendencia a la musicalidad en los poetas latinoamericanos que en ellos el lirismo está unido a la musicalidad, vinculación que raramente se da en otras poesías, en la alemana, la francesa, etc. Uno de los “Nocturnos” de Silva es simultáneamente lírico y musical. Pero debe acentuarse que la musicalidad es lo externo. También en Latinoamérica ha predominado la forma ante el contenido en la poesía —Guillermo Valencia—. Siendo lo externo la forma, ésta es sensorialmente perceptible. Es la sensibilidad, la impresionabilidad, nuevamente. Volviendo a Silva, cabe recordar que un eminente y joven crítico colombiano ha observado muy justamente que en el poeta de los “Nocturnos” hay una presencia de dos realidades: la humedad y la obscuridad —también la “nupcialidad”—. Pero para un hombre que como el latinoamericano es sensibilidad e impresionabilidad, las dos realidades más fácilmente aprehensibles son esas: la humedad y la obscuridad.

Más el contenido de la vida en el hombre latinoamericano nos indica que existencialmente está muy bien acondicionado para una auténtica poesía lírica. La subjetividad y la sensibilidad, la impresionabilidad, son las hondas raíces del lirismo cuando se abandonan las realidades inmediatamente perceptibles, sensorialmente aprehensibles y se descubren los sentidos profundos, las significaciones inefables de la vida. Si, como advierte Dilthey, la poesía es el órgano de la comprensión de la vida, hay que declarar también que una rica y bien ordenada subjetividad, una sobria impresionabilidad, son los supuestos de

una objetiva comprensión de la vida. En la dialéctica interna de la existencia del latinoamericano hay condiciones para la superación de esta episódica y transitoria poesía lírica que él ha creado. Tal será el contenido del próximo momento en el incesante desarrollo de la poesía en este continente.

La pintura y la escultura, especialmente la primera, han tenido una antigua y rica historia en la América Latina. No es difícil comprender el hecho. Nosotros estamos vertidos hacia lo exterior, somos impresionable y sensiblemente plásticos. Somos sensibilidad que aprehende lo concreto. La pintura es siempre lo concreto. No simboliza lo abstracto. Sin una sensibilidad pronta a percibir lo individual, la realidad concreta, no es posible la pintura. Siempre ha habido en Latinoamérica pintores que se pueden considerar excelsos para este continente. Desde la remota época de la colonia —Vásquez Arce y Ceballos, Baltasar de Figueroa, Miguel de Santiago, etc.— el hombre latinoamericano ha sido pintor. Tenía fatalmente que serlo. Cuando se vive en el hecho y en lo concreto, cuando se es impresionable, cuando se es pura sensibilidad, la labor pictórica ni es imposible ni está en contradicción con las propias tendencias vitales. La existencia del hombre latinoamericano es una existencia que se ha vertido hacia la pintura porque vive en lo concreto. Pero, no ha habido escuelas pictóricas en este continente. Es la discontinuidad ya analizada. También los pintores, los de épocas anteriores, han surgido súbita y aisladamente. Arce y Ceballos no tuvo maestros, no habría podido tenerlos. No formaron escuelas. Era la discontinuidad.

Los actores y los cantores latinoamericanos carecen de profundidad. Aquellos entráganse a lo que impresiona y que ya es una expresión de su propia impresionabilidad: la mímica escandalosa, sin mesura, sin sobriedad, sin armonía. Sólo conocen la acción externa, no el sentido inefable del gesto leve y discreto —recuérdese al mexicano “Canfinflas”—. Carecen de intimidad, de la intimidad que se exterioriza en la acción. Consideraciones semejantes se pueden hacer en torno a los cantores —no se les podría llamar tenores, barítonos, sopranos o típles—. No hay entre ellos matices o modalidades. Es la identidad. Es la ausencia de individualidad. Nada de profundidad, de diversidad de tonalidades, de la modulación suave de la voz. Libertad Lamarque, Carlos Julio Ramírez, Pedro Vargas, Hugo del Carril, anteriormente Carlos Gardel, cantan, es decir, gritan y vociferan, pero no hay en ellos la presencia de una honda realidad espiritual que pueda colorear con significaciones distintas la voz. Naturalmente, como en ellos se expresa el modo de ser de la vida latinoamericana —subjetividad,

impresionabilidad, sensibilidad—, todos, actores y cantores, despiertan un entusiasmo innegable en los espectadores que los oyen o los contemplan.

En la filosofía latinoamericana se agudizan todos esos sentidos del hombre de este continente. Están muy presentes en ella todas las características culturales que lo distinguen. La filosofía no aprehende directamente la realidad, la cambiante realidad. Se forman movimientos que transitoriamente existen y se desarrollan. Luego desaparecen sin dejar tradición intelectual, sin producir una orgánica evolución de la filosofía.

Pero el mismo contenido de la vida latinoamericana permitirá que esa situación existencial sea totalmente superada. Siempre la vida se ha transformado al través de las condiciones que para ello le suministra su propio variable contenido. Es un desarrollo histórico dialéctico: las contradicciones de la vida que históricamente se esté realizando destruyen el contenido de la misma. Sus nuevos sentidos, sus posteriores matices surgen del choque de aquellas antinomias. No hay una creación de la nada. Hay una superación, un renacimiento. Hay latencias que se hacen realidad. La vida latinoamericana no será una excepción. También se transformará internamente en virtud de sus propias e íntimas modalidades. No será, ni podría ser una existencia intemporal. La vida no puede ser inmodificable. Es el significado que tendrán los próximos momentos históricos del hombre latinoamericano.

Se sugirió que hay en él capacidad evidente para una gran poesía lírica. No desaparecerán la sensibilidad y la subjetividad. Lenta e imperceptiblemente adquirirán un contenido diverso. Luego se dará el salto existencial hacia un auténtico lirismo. Será una transformación pero no una extinción de las actuales modalidades de la vida en Latinoamérica. Aun el predominio de la mímica, de la acción externa, del gesto desordenado en los actores, encierra supuestos para su apetecible modificación. Es una fuerza vital que se exterioriza inarmónicamente, anárquicamente. No deberá desaparecer. Cuando surja la triunfante auténtica intimidad en el hombre latinoamericano, ese vigor existencial, unido a la intimidad, producirá actores cuya elevada y noble calidad no podrá rechazarse ni desconocerse. La elementabilidad de los cantores, el no vivir en la intimidad, el sufrir una externa subjetividad irá extinguiéndose. Digámoslo nuevamente: ni la impresionabilidad, ni la subjetividad son incompatibles con las perdurables creaciones culturales. Lo son sí, cuando oponiéndose a la objetividad, la logran dominar momentáneamente.

Tampoco el vivir en el hecho y en lo concreto es hostil a la filosofía. Esta se elimina o su formación se impide cuando se vive exclusivamente en el hecho. Pero el hecho tiene una esencia. No aprehenderla, ser ciegos para ella, sí es destruir la filosofía. El latinoamericano ha vivido en el hecho, no ha querido o no ha podido descubrir las esencias. ¡Descubrir las esencias! Grata aventura para el espíritu humano. Pero el hombre latinoamericano no tendrá que abandonar el hecho para aprehender la esencia. No oponemos el hecho y la esencia. La realidad es una unidad y división del hecho y de la esencia, de la existencia y de la esencia. Si en la vida se dan simultáneamente la objetividad y la subjetividad, dentro de variables acentos que vigorizan la una o la otra, pero sin destruir la superior contradicción de la objetividad y la subjetividad, el hombre latinoamericano, aun continuando unido al hecho, podrá aprehender las esencias. La objetividad es el descubrimiento, la descripción de las esencias. La vida latinoamericana es también objetividad, aun cuando sufra una pesada subjetividad, una pasiva impresionabilidad. Sólo cabe hacer una afirmación: el vivir en el hecho, el descubrir posteriormente en el hecho la esencia, indica que en el hombre latinoamericano no se podrá dar una concepción del mundo y de la vida que suponga la creación gnoseológica del objeto por el sujeto. El hombre latinoamericano tiene vocación para el realismo.

¡Vivir en el hecho! Las ciencias naturales y espirituales son justamente eso: vivir en los hechos, en unos hechos que tienen unas esencias y también, en determinadas esferas de la realidad, unos sentidos, que han de ser comprendidos. En nuestra América las ciencias pueden alcanzar un gigantesco desarrollo. Hay cosas y realidades históricas específicamente latinoamericanas. Tan sólo es necesario descubrirlas. Algún colombiano contemporáneo ha hecho su "peregrinación de alpha" para conocer la Colombia actual? (1). Se ha repetido la hazaña cultural de la "Expedición Botánica? Pero las cosas latinoamericanas no son difícilmente aprehensibles. Se descubren sin desesperación y con acierto —Ameghino—.

No solamente la interna dialéctica de la vida del hombre de nuestra América modificará esa vida. También la transformación de las condiciones sociales de la existencia en este continente producirá la creación de una vida nueva. Hay contemporáneamente una menor inestabilidad. La anarquía es menos intensa o ha desaparecido en muchas naciones.

(1) Tuvo ese título, "Peregrinación de Alpha", la excelente obra en la cual don Manuel Ancizar recogió sus impresiones y observaciones después de un fructuoso viaje por algunas de las provincias de Colombia en el siglo pasado.

La técnica se ha desarrollado. No se sufre, como antes, el espacio y la tiranía de las cosas. De la geografía hemos pasado a la historia. El hombre latinoamericano se modificará inexorablemente. Nuevamente se impondrá la variabilidad histórica de la vida. Se realizará el tránsito a un mayor acento de objetividad. No desaparecerá la subjetividad. No podría extinguirse. Habrá una menor impresionabilidad. La sensibilidad se amortiguará. Será la edad de la razón. Tendremos, al fin, tradición. Una tradición creadora y fecundante. Habrá continuidad en el desarrollo de la cultura. Seguiremos siendo emoción (1). Pero la emoción no es incompatible con los descubrimientos o las creaciones culturales. Contrariamente, sin emoción y sin asombro el hombre latinoamericano no podrá encontrar las esencias, las ricas y variadas esencias en los hechos y en las cosas.

Es una época que ya se ha iniciado. Vivimos esa zona oscura, contradictoria en la cual se une ella a la anterior jornada histórica. Somos unos hombres de un período de transición. Por eso, dudamos y titubeamos. Pero de la indecisión surgirá dialécticamente la afirmación creadora, el gozoso descubrimiento.

En Latinoamérica se está creando lo que llama el profesor Francisco Romero el "clima filosófico". En la época precedente la filosofía había sido infortunadamente patrimonio de unos pocos heroicos hombres que querían filosofar en medio del desorden y de la anarquía que agobiaba a estas naciones. Actualmente, hay ya institutos y facultades de filosofía que se entregan a una activa y feliz docencia. Es un momento inevitable. Posteriormente, vendrá la creación. Ya ella está presente, muy presente. En la Argentina Miguel Angel Virasoro nos entrega una nueva filosofía dialéctica. Francisco Romero esboza una filosofía de la trascendencia. Carlos Cossio con su "Teoría Ecológica del Derecho" nos da toda una concepción del mundo jurídico que enraíza en una determinada general visión de la vida y del mundo. En México Eduardo García Maynez ha mostrado amplia capacidad creadora. No olvidemos el magisterio fecundo de Antonio Caso. Los ejemplos podrían multiplicarse.

La modificación histórica del hombre latinoamericano y una nueva

(1) En diálogo con el autor del presente ensayo el profesor colombiano Luis López de Mesa señalaba estas diferencias entre los varios continentes: "Europa es el continente de la razón. Asia es el continente de la contemplación. Africa es el continente de la pasión. América del Norte es el continente de la acción. La América Latina es el continente de la emoción". Son divergencias vitales que tienen hondas raíces, pero que no destruyen ese general modo de ser de la vida, de la vida que es simultáneamente historicidad e inhistoricidad.

auténtica filosofía americana suministran las bases para una cultura distinta. Hay una rica y honda poesía lírica. La intemporal e insuperable "Canción de la vida profunda" de Barba Jacob. "La ciudad sumergida" de Jorge Rojas. Algunos poemas de Rafael Maya, fino y delicado, de León de Greiff, humano y musical, de Pablo Neruda, de Francisco Luis Bernardez, quien descubre insospechadas significaciones. Es el gran buscador de esencias poéticas. Hay otros muchos nombres.

El hombre latinoamericano se está transformando. La cultura que él produce también está en idéntico feliz trance de modificación. Asistimos al espectáculo de la creación de una nueva vida. Es una historia tensa y heroica.

LUIS E. NIETO ARTETA

Río de Janeiro, enero 21 de 1948.